

Porque turbáis el sueño
 Del hijo de mi alma.
 Brisa que fresca y leve,
 De aromas impregnada,
 El aire purificas
 Y en torno mío vagas,
 No toques de mi hijo
 La frente pura y blanca,
 No roces sus cabellos,
 Sus rizos no deshagas
 Ni el blando sueño turbes
 Del hijo de mi alma. »
 Abrió el niño los ojos,
 Y una dulce mirada
 Radiante de ternura
 Fijó en su madre santa;
 Surcó sus puros labios
 De rosas y de grana,
 Una sonrisa dulce,
 Más que la vida grata,
 Y entre aquella sonrisa
 Murmuró una palabra
 Que estremeció de gozo
 Á la Virgen sagrada,
 Pues por la vez primera
 Dijo: ¡madre del alma!

ENRIQUETA LOZANO
 DE VILCHES.



EL CATECISMO

ORGANO

DE LA « CONGREGACIÓN DEL CATECISMO. »

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
 Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.
 1.ª EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Hé aquí los beneficios que nos ha traído la Ascensión de nuestro Señor. Mas para que se realicen sus designios amorosos debemos nosotros entrar práctica y eficazmente en los sentimientos que inspira tan alto misterio, lleno de instrucciones y de luces, puesto que nos manifiesta el fin á que debemos tender y el camino que nos ha de llevar.

Jesucristo con su Ascensión nos enseña ante todo que nuestra mansión no está en la tierra, sino que el cielo es nuestra patria y que después de haber pasado algunos años acá abajo, terminaremos nuestra peregrinación allá arriba. Repetidas veces había enseñado esta verdad á sus discípulos; mas para darles una lección de mayor eficacia que todos los discursos, quiso escogerlos para testigos oculares de su Ascensión y espectadores de este pequeñito rayo de gloria con que les iluminó al penetrar Él en el Empíreo. Ante tan grandioso espectáculo concibie-

ron aquellos afortunados discípulos para las cosas de la tierra un disgusto tan sin igual, que ya no tuvieron más pensamiento ni más deseo que llegar á la felicidad cuya dulzura les había anticipado su divino Maestro. Por lo que á nosotros mira, es verdad que no presenciarnos su Ascensión triunfante, pero la fe nos lo muestra en el cielo, y por lo mismo nuestras miradas todas deben dirigirse al cielo, todos nuestros votos tender á la adquisición de esta gloria que es nuestro último fin y que ha de constituir nuestra inefable dicha por toda la eternidad; dicha que en vano buscaríamos acá abajo. Mas... ¡Ay! Sabemos que nuestro destino es reinar por siempre con Dios, y vivimos indiferentes respecto de tan noble fin, atentos sólo á las cosas pasajeras, locamente apegados á las riquezas, á las vanidades, á los placeres del mundo, en el que no contamos ni podemos contar con una hora de estabilidad! ¡Qué insensatez!

Señalándonos el término al cual debemos dirigirnos, el Salvador nos muestra también el camino que allá conduce.

No sin misterioso designio eligió para su Ascensión la montaña de los Olivos, en que acostumbraba orar y que se halla situada frente al Calvario, teatro de sus dolores é ignominias; porque con esto quiso enseñarnos que para entrar en la gloria le fué necesario padecer: *¿Pues qué, no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?* (San Lucas XXIV. 26.)

Nos dice con aquel proceder, que el camino del

cielo es el camino de la penitencia, de la mortificación y de la cruz. Así pues, no tendremos parte en la gloria de Jesucristo, si no la tomamos antes en sus penas: ¿Pretenderíamos evitárnoslas, nosotros, pecadores, cuando Él, la inocencia y la santidad mismas, ha querido padecer? Si la gloria que Él se conquistó, estuvo subordinada por el Padre á la ley del sufrimiento, ¿con cuánta mayor razón lo debe estar para nosotros? Así pues, el camino para ir al cielo es el Calvario; y tenemos que renunciar á la pretensión, tan general entre los cristianos, de hallar satisfacciones en la tierra y en el cielo, de gozar cierta especie de paraíso en esta vida y encontrarlo además en la otra. Debemos seguir á Jesucristo con su cruz. ¿Y qué significa seguir á Jesucristo con su cruz? Pues significa, ante todo, que debemos cumplir con nuestras obligaciones generales de cristianos y con los deberes particulares de nuestro estado, por penosos que sean; que hemos de dominar nuestras perversas inclinaciones y mortificar nuestras pasiones; que hemos de sobrellevar con cristiana resignación las tribulaciones, las desgracias, las adversidades inseparables de la vida; que debemos apartarnos de las sendas floridas y deliciosas del mundo, que no son más que satisfacciones culpables.— Hé aquí la cruz que debemos llevar en pos de Jesucristo y que bastará para que seamos un día asociados á su gloria.

P. *¿Cómo se entiende que está sentado á la diestra de Dios Padre?*

R. *Que está en igual gloria con ÉL, en cuanto Dios; y en cuanto hombre, en mayor que otro ninguno.*

Cuando decimos que nuestro Señor Jesucristo está sentado y que se encuentra á la diestra del Padre, es necesario no tomar estas palabras en su sentido material, porque no son más que una metáfora, esto es, no tienen más que un sentido figurado para expresar la grandeza y la dignidad supremas á las que fué elevada la santa humanidad del Señor. La palabra *sentado*, no indica aquí la postura ni la actitud corporal. Que el divino Salvador esté sentado ó esté de pie, nadie lo sabe y nada importa ignorarlo: esta expresión indica el felicísimo descanso de que goza en los cielos después de los combates y fatigas de su vida mortal, y sobre todo, el dominio absoluto que recibió de su Padre sobre todas las criaturas, como rey y como juez soberano de vivos y muertos.

Del mismo modo se dice que Jesús está á la *diestra de Dios*; y bien sabemos que siendo Dios puro espíritu, infinito é inmenso, no puede tener ni derecha ni izquierda. Mas como la derecha se reputa entre los hombres como lugar de honor, el Símbolo emplea esa expresión figurada para acomodarse á nuestra capacidad y hacernos comprender que Jesucristo, aun en cuanto hombre, está en el mismo

rango de honra, en el mismo grado de gloria y majestad que tiene Dios Padre. Pues aunque la naturaleza humana es muy inferior á la divina, como en Cristo, Dios y hombre, no forma más que una sola persona, Cristo-Dios no puede estar á la diestra del Padre sin que Cristo-Hombre se encuentre allí también.

P. *¿Cómo ha de ser la resurrección de la carne?*

R. *Tornándose á juntar estos propios cuerpos nuestros con nuestras almas, á vida inmortal y eterna.*

El pecado de Adán causó dos gravísimos males á la humanidad, á saber: la muerte espiritual y la muerte corporal, de las cuales vino Jesucristo á librarnos por su pasión y muerte: de la espiritual, dejándonos en los sacramentos el medio de aplicar á nuestra santificación los méritos que alcanzó; de la material, haciéndonos triunfar de la muerte á su ejemplo, esto es, saliendo vivos del sepulcro algún día; pues como nos lo enseña el Apóstol San Pablo: *Como la muerte fué por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo.* (I Cor., XV. 21 y 22.)

Hé aquí por qué los Apóstoles, que nos proponen la fe en la resurrección espiritual del alma, diciendo en el Símbolo: *Creo el perdón de los pecados*, nos proponen también la resurrección de los cuerpos con estas palabras: *Creo la resurrección de la carne;*

con las que nos enseñan que nuestro cuerpo, que deberá separarse del alma por la muerte, se le unirá de nuevo y recobrará la vida. Conviene, dice el Catecismo romano, reflexionar en el sentido de estas palabras, porque nos descubren una verdad importantísima. Decimos en el Símbolo, *Creo la resurrección de la carne* y no *la resurrección del hombre*, sin embargo de que á primera vista pudiera parecer exacta esta última expresión, puesto que decimos con toda verdad y propiedad que el hombre muere.

Con todo, los Apóstoles nos han enseñado á decir así, para impedirnos el creer que el hombre muere en cuanto á el alma y en cuanto al cuerpo. El hombre consta de dos substancias: la una, que es el cuerpo con los sentidos, le es común con las bestias; y la otra, que le es común con los ángeles, es el alma, toda espíritu, creada á imagen y semejanza de Dios.

Pues bien, cuando el alma se separa del cuerpo, no muere más que éste: el alma no puede morir, es inmortal por su propia naturaleza; y al profesar explícitamente la resurrección de la carne, implícitamente profesamos que el alma no tiene necesidad de resucitar y que el hombre, muriendo en cuanto al cuerpo y no en cuanto á el alma, resucitará en cuanto al cuerpo y no en cuanto á el alma.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

(CONTINUA.)

V

Origen de las herejías y de los conflictos entre la ciencia y la fe.

En dos palabras hállanse comprendidas todas las causas, así de las herejías propiamente dichas, como de los pretendidos y decantados conflictos que espíritus mezquinos han creído encontrar entre la ciencia y la religión; á saber: *soberbia é ignorancia*.

El Divino Espíritu ha dicho por medio del Eclesiástico: *que la soberbia es el principio de todo pecado*: y podemos asegurar que la herejía es la hija predilecta de la soberbia.

La fe, como ya lo hemos dicho, es el rendido obsequio de la razón humana á la autoridad divina: es el noble sacrificio que hace el entendimiento cuando prescinde de todo lo que pudiera naturalmente conocer acerca de alguna verdad, para asentir á ella porque Dios la ha revelado y nuestra santa Madre la Iglesia la ha propuesto.

Y este obsequio, este sacrificio, es muy justo y muy racional, *rationabile obsequium vestrum*: pues qué, ¿no es eminentemente racional y justo que demos crédito firmísimo á lo que es evidentemente creíble, puesto que Dios no puede engañarse porque

es infinitamente sabio, ni puede engañarnos porque es la santidad por esencia? Luego el desgraciado que no cree y que se obstina en abrazar un error contra la fe, atiende, prefiere y sobrepone el juicio de su limitada razón á la sabiduría infinita é infalible de Dios nuestro Señor: en consecuencia, no puede ser más patente el espíritu de soberbia.

Bastaría leer, algo siquiera, de la vasta historia de las herejías, para convencernos de esta verdad que venimos demostrando. En general el principio de la caída de los herejes es el mismo: pagan su tributo á la falibilidad de la razón, *hominis est errare*, y asientan con más ó menos malicia, con más ó menos copia de sofismas, algún error contrario á la fe. La Iglesia por su parte, como maestra y celosa defensora del tesoro de la revelación que Jesucristo su Divino Fundador le ha confiado, tiene que dar la voz de alarma, señalar y condenar el error: como madre amorosa, tiene que abrir sus brazos para esperar al hijo arrepentido y sumiso; pero el hereje persiste, con satánica terquedad sostiene su idea.

En muchas ocasiones se han lanzado los hombres al campo de la herejía, por vengar la ambición no satisfecha; pues quisieron sin vocación aspirar á los honores eclesiásticos, y en no pocos casos abrazaron el error para sacudir el santo yugo de los mandamientos de la ley de Dios, sobre todo en lo que respecta á la pureza de costumbres. No vayamos muy lejos: ahí está la sucia historia de los corifeos del protestantismo.

Por lo demás, séanos lícito transcribir aquí las palabras de un célebre académico: «Si la palabra de Dios, al revelarnos la suma de verdades que forman el tesoro de la fe, es expresión de los pensamientos divinos, y si por otra parte la ciencia no es más que la interpretación y reproducción en el orden de nuestra inteligencia de aquellas ideas y pensamientos que el dedo divino escribió en el libro de la creación, poner contradicción y repugnancia entre la ciencia y la fe, sería tanto como ponerla en las ideas y pensamientos de la Divinidad. Siendo la fe don de Dios en el orden de la gracia, y la razón ni más ni menos en el orden de la naturaleza, si la una contradijese á la otra, la contradicción resultaría en la misma divina esencia. De donde se sigue que caso de hallar alguna oposición entre estas dos maneras de conocimiento, no debemos buscarla en la realidad objetiva de las verdades que una y otra proponen á nuestra mente, sino en alguna causa extrínseca y accidental que haga aparecer á nuestros ojos como opuestas y enemigas dos cosas que en sí se armonizan necesariamente. Esta causa, dice el Concilio Vaticano, consiste en que los dogmas de la fe no son entendidos y expuestos debidamente, y según el sentir de la Iglesia, encargada por Dios de enseñarlos y declararlos á los hombres, ó en que se toma por ciencia real y positiva, no un juicio verdadero, demostrado y evidente, que es la base del conocimiento científico, sino lo que es mera opinión, conjetura y probabilidad, y aun tal vez delirio de

imaginación extraviada.»—Este lógico razonamiento, no del P. Mir sino de la filosofía católica, nos da la clave para explicar ese aparente antagonismo que en varias épocas, y en la nuestra especialmente, han querido los impíos hallar ó introducir entre la ciencia y la fe. La ignorancia, ó de la verdad que establece la religión, ó de la verdad que prueba legítimamente la ciencia; pero la ignorancia al cabo, es la que hace ver conflictos.

Insistimos en que se estudie la historia del espíritu humano, y podrá formarse la inducción más irrefutable sobre tres puntos: primero, que en cambio de pocas verdades racionales que forman el patrimonio del entendimiento, hay incontables errores y preocupaciones que prueban las tinieblas de que estamos rodeados: segundo, que si no fuera por la fe y la Iglesia que la conserva y sostiene, hubieran naufragado las ideas más civilizadoras en el revuelto mar de las pasiones y de la veleidat humana: tercero, que no ha habido herejía ni conflicto, por formidable y pujante que haya parecido á primera vista, que no haya sido tarde ó temprano vencido por la Iglesia. Tenemos diez y nueve siglos; una sola institución; ¡la Iglesia! sus enemigos ¡innumerables! y tantos triunfos de aquélla sobre éstos como combates se han librado.

Ligereza con que suelen tratarse las cuestiones religiosas.

Diversas y fatales circunstancias han ido haciendo que la ignorancia en materias religiosas y filosóficas sea cada vez más crasa. El espíritu frívolo y materialista del siglo XIX ha tenido la desgracia de apartar los ojos del cielo y del último fin del hombre, para ponerlos en el movedizo polvo de la tierra; ha arrancado de las manos de Dios el corazón humano para entregarlo á los afectos mundanos que están muy lejos de hacerlo feliz; ha conseguido en no pequeña parte substraer á los individuos y á los pueblos de la atmósfera pura y serena de la virtud, para obligarlos á respirar los mortíferos miasmas del vicio.

La escuela oficial, hija natural del liberalismo, ha hecho y sigue haciendo profesión y gala de ser impía y, en consecuencia, no se limita á guardar silencio acerca de la religión, sino que á cada paso la impugna y se burla de ella para ir por medios vilísimos desterrándola de la mente y, lo que es peor, de las costumbres de la juventud. Esas impugnaciones, por supuesto, carecen de toda solidez; pues bien mirado, nunca existe contra la verdadera religión; y ahora ni siquiera se proponen con aquel talento y erudición que en otras épocas han mostrado los enemigos de la fe: limitanse, pues, á meras vulgaridades, burlas de necios y groserías imperdonables.

Las escuelas católicas, es necesario confesarlo por más que sea vergonzoso, han roto en muchas partes sus gloriosas tradiciones de método que han dado por fruto generaciones de sabios y ahora se han dejado llevar de la corriente, se han alucinado con la brillantez de los métodos modernos, sin que hayan tenido la suerte de entenderlos, de practicarlos racionalmente y de corregir sus no pequeños defectos. También en las escuelas católicas que han querido intempestivos adelantos, se pierde el tiempo, se tortura á las inteligencias y se esterilizan los talentos para el saber: también allí suele descuidarse la formación del corazón que es el hombre; porque si las más profundas convicciones suelen caer por tierra al empuje de un corazón débil y corrompido, ¿qué diremos de nociones ligeras y corazón veleidoso ante los embates de las pasiones? Pues en casi todos esos colegios se enseña la religión, pero mal, porque no se le da la preferencia que se merece, ni el tiempo, ni la amplitud que reclama su importancia hoy más que nunca. Habrá, de seguro, muy honrosas excepciones; nos complacemos en reconocerlas y no encontramos palabras para elogiarlas cuanto merecen.

Además, la familia y la sociedad han perdido muchos de sus hábitos cristianos, sobre todo en lo que respecta á la enseñanza y edificación religiosas; así es que el medio en que se vive es ya poco sano. Y á la multitud alarmante de escándalos hay que añadir el desenfreno de la prensa impía y de informa-

ción, que no respeta la inocencia á trueque de hacer dinero.

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

XII

LO MÁS GRANDE QUE HAY EN EL MUNDO.

Lo más grande que hay en este mundo es.
un acto de amor de Dios.

— La pobrecilla María. ¿La conocéis?
No, seguramente no. Apenas es conocida en su propio pueblo. Y con todo, la pobrecilla María, sabedlo, es, *á los ojos de Dios*, uno de los más grandes personajes del mundo!

— ¿Cómo es eso? ¿Pues qué ha hecho?

— ¿Qué ha hecho? ¡Oh! pequeña cosa por cierto: cosilla que todo el mundo pudiera muy fácilmente hacer; pero. . . . *no la hace todo el mundo*. . . .

¿Qué ha hecho? Oído:

Por la mañana al despertar dice: «¡Dios mío, todo este día, feliz ó desgraciado, es *para Vos solo!*»

Al empezar su obscuro trabajo cotidiano, dice: «¡Dios mío, *á vuestra mayor gloria!*»

Quando va por la calle y llega á sus oídos una blasfemia, dice: «¡Dios mío, *yo os amo mil veces más que el desventurado que os desprecia!*»

Quando encuentra un pobre por el camino, le da

un centavo y dice: «¡Dios mío, á Vos es á quien doy esta humildísima limosna!»

Cuando se colectan donativos para la OBRA DEL CATECISMO, da otro centavo y dice: «¡No soy rica, pero puedo ayudar á la salvación de un alma!»

Vienen á pedirle un servicio; lo hace, é interiormente dice: «¡Oh! esto me es penoso; pero . . . gustosa lo haré por Dios! . . .»

Y más de una vez fué calumniada la pobrecilla mujer; pero ella entonces besaba los pies de su crucifijo y decía: «¡Dios mío! . . . ¡como Vos! . . . ¡Gracias! . . .»

Por la noche, al acostarse, dase golpes de pecho y exclama con dolor: «¡Dios mío, no he sabido amaros hoy; mañana os amaré mejor!»

¡No hace más! decís.

Pues no; lleva ya bastantes años de no hacer más.

Eso no pasa de ser . . . cualquiera cosa á los ojos del mundo, ¿verdad?

Pero á los ojos de Dios, eso es cosa grande; á los ojos de Dios eso es todo!

Y hé aquí por qué afirmo y sostengo que la pobrecilla María es uno de los más grandes personajes del mundo!

Venid acá, escritores, oradores, políticos, artistas, que llenáis la tierra con el ruido de vuestro nombre. . . . ¿Vosotros corréis tras la gloria y la fortuna?

¡Vanidades! . . . Después de algún tiempo moriréis; y si habéis deseado que la tierra os sea leve,

id, dormid vuestro sueño: ni la fortuna ni la gloria harán más pesado vuestro féretro. . . .

Y tú, conquistador terrible, que llegaste á dominar al mundo en la carrera sin coto de tus victorias, ¿no has hecho más? ¡Vanidad! Te lo repetiré: ¡Vanidad! . . . Como ves, la pobrecilla María de quien te vengo hablando, dista mucho de haber hecho el ruido que tú. . . . La pobrecilla María, en el mundo, es como un granito de arena en la ribera del mar; sopla el viento y hace rodar el grano de arena; ¿quién percibe un vacío en el sitio que ocupaba? Dentro de algunos años María habrá muerto: ¿quién se percibirá de su desaparición? . . . Y sin embargo, dígame con toda verdad que esta pobrecilla mujer ejecutó una obra mayor que las tuyas. . . . ¿Venciste al mundo? . . . Ella hizo más: ¡venció al corazón de Dios! . . . Y cuando las acciones de uno y de otra sean colocadas en la balanza de la divina justicia, serás hallado más ligero; y ella te superará, te vencerá! . . . Vencedor de la tierra, serás sorprendido *minus habens*, esto es, con poco, muy poco. . . . tal vez sin ningún peso. . . . (Daniel V. 27.)

(SIMIENTES DEL PARAISO.)

PLEGARIA A LA VIRGEN.

¡Oh dulce madre mía,	Acoge bondadosa
Madre piadosa y santa,	Mis preces sin aliño,
Mírame aquí á tu planta	Que soy un pobre niño,
Turbado el corazón;	Y balbuécientes son!

¡Madre, tres bellos dones ¡Amor, amor! ¡Cuán dulce,
De Dios para mí alcanza: Santa palabra es esta,
Tres dones: *Fe, Esperan-* Que quiso en Cruz enhiés-
za *za* Por ella morir Dios!
Y ardiente *Caridad.* Por ella en ángel bello
¡La Fe! ¡Montes abate, Se trueca la criatura,
Del mar seca la arena, Y es astro que fulgura
Su voz potente enfrena Sobre el espacio azul.
La airada tempestad! Sobre ese espacio, donde
¿Y la Esperanza? Néctar Al hombre temerario
Sublime es para el alma, Ocultan tu sagrario
Que augura hermosa pal-
ma Nubes de leve tul.
En tu mansión de luz.
¡Oh madre! *Fe, Esperan-* ¡Oh dulce madre mía,
za Madre piadosa y santa,
Y *Caridad* me inspira: Mírame aquí á tu planta
¡Feliz aquel que espira Henchido de fervor.
De amor sobre una cruz! ¡Haz que de hoy más el pe-
Amor, que cielo y tierra cho,
En su afanar comprende; Que entre inquietudes gi-
Que hasta á Luzbel des- me,
ciende Se abraze en el sublime
De su afanar en pos! Fuego de un sacro amor!

ÁNGELA GRASSI.

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA
Por el P. JERÓNIMO DE RIPALDA.—La edición econó-
mica oficial de este Catecismo, se vende en el Des-
pacho de esta Imprenta á los precios siguientes:

Un ejemplar, *Dos centavos.*—Cien ejemplares, *Un
peso cincuenta centavos.*—Mil ejemplares, *Diez pesos.*

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria qua vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.
1.^a EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Que nuestra alma sobrevive al cuerpo, es una ver-
dad claramente atestiguada por la fe y por la razón.
La fe nos enseña que en el momento de volver el
cuerpo á la tierra de donde fué sacado, el alma se
remonta á Dios que la crió; que será juzgada en el
instante mismo de salir de la cárcel del cuerpo, y
premiada ó castigada conforme á sus obras; por úl-
timo, que pasamos de esta vida imperfecta á una vi-
da sin fin, del tiempo á la eternidad; y es claro que
estas cosas no se realizan inmediatamente en el cuer-
po, que se consume en la tierra; se realizan en el
alma que sobrevive al cadáver.

La razón va de conformidad en esto con la fe, y
los mismos paganos conocieron esta verdad por la
sola luz natural. Reflexionando en que el alma es
esencialmente simple, que no consta de partes como
el cuerpo y, por lo mismo, que no puede disolverse
ni corromperse; que á diferencia de la de las bestias,